

LA BIBLIOTECA SINO-INTERNACIONAL DE GINEBRA

por Marcela DE JUAN

A UN cuando las tinieblas de la ignorancia se fueron disipando poco a poco, merced a la actividad desarrollada por atrevidos aventureros o por exploradores austeros, durante mucho tiempo sólo los temas puramente económicos interesaron a Europa con respecto a China, en medio de las relaciones tanto pacíficas, como, por desgracia, a veces bélicas existentes entre los dos mundos. Bien es verdad que la creación artística del pueblo chino no podía pasar inadvertida para la inteligencia europea, y ya en el siglo XVIII, las lacas, las pinturas sobre porcelana, las cerámicas y demás productos del arte chino, fueron conocidos, apreciados, importados e imitados por Occidente. La atención de los círculos científicos del Oeste se sintió atraída por los hechos salientes de la vida intelectual de Extremo Oriente y se pusieron a estudiar su religión, sus costumbres, el estado de su ciencia técnica y la estructura de su idioma. Sin embargo, sólo desde hace unos cuarenta años se ha pensado en sacar a la luz del día la totalidad de la vida intelectual china, y de penetrar, por consiguiente, en el alma de aquel lejano pueblo.

Estas exploraciones no tardaron en procurar a los investigadores europeos un descubrimiento inmenso y apasionante, pues, ante sus ojos asombrados surgía el edificio poderoso de una cultura en toda su plenitud, perfecta en su género —aunque sin duda muy diferente—, pero igualmente elevada e igualmente grande. No se trataba de una civi-

lización superficial, de una civilización de «bibelots» y de «mignardises», con alguna que otra belleza incógnita. Se trataba de una cultura que brotaba del más hondo misterio del alma humana, apta para completar la cultura europea.

También los chinos instruidos y suspicaces empezaban a darse cuenta de que la cultura de Occidente, que sólo conocían bajo su aspecto material, y cuya superioridad técnica confesaban abiertamente, merecía un estudio profundizado no sólo en interés de China, sino por sí misma, porque su grandeza no es puramente exterior; porque su genio, como el chino, es profundo; porque abordó los mismos problemas que turbaran a los antepasados chinos, y porque supieron dar a estos problemas soluciones de gran originalidad. Así nació en los espíritus más elevados de las dos razas, el concepto sublime de una cultura verdaderamente universal, basada sobre la síntesis de lo oriental y de lo occidental. Mas para arriesgar los primeros pasos en el largo camino que llegara a tan magnífica cumbre, la conquista de dos culturas no podía continuar siendo la propiedad reservada de algunos investigadores o pensadores aislados: tenía que ser accesible a todos los círculos intelectuales, tenía que «estar a mano» por decirlo así.

Las traducciones cada día más numerosas, las becas, las misiones culturales, el intercambio de profesorado, los museos, las exposiciones, y por fin algo no menos importante: el establecimiento de bibliotecas que coleccionaran y reunieran los tesoros artísticos y las creaciones del espíritu, labrando así el modo más eficaz por medio de la cultura y por el acercamiento de los pueblos para la mayor ventaja de la paz y del buen entendimiento entre las razas.

Uno de estos centros culturales abrióse en Suiza por iniciativa de un chino, el Dr. Hu

Tienshe, antiguo director de la Academia de Peiping, encargado de fomentar las relaciones científicas de China con el extranjero.

Con el fin de instalar una biblioteca se trasladó este señor al extranjero e instaló al borde del romántico y pacífico lago de Ginebra, el magnífico edificio que podemos contemplar aquí. Su labor no ha sido sólo la de suministrar al sinólogo las indicaciones



científicas indispensables, sino también la de facilitar a cualquier europeo ávido de aprender, el acceso al conocimiento de la ciencia, de la literatura y del arte chinos, y, por otra parte, de familiarizar a los chinos residentes en el extranjero, de una manera rápida y eficaz, con lo más valioso y representativo de la literatura y del saber occidentales. En fin, una China en miniatura para Europa, y un resumen de Europa para los chinos.

Hoy día, sobre la colina de Vésenaz que baja suavemente hacia el lago, se vislumbra el Castillo de Montalegre. Desde su terraza se domina uno de los paisajes más bellos de Europa, mientras que las sombrías avenidas del parque, invitan a la meditación a los espíritus estudiosos y amantes de la soledad.

La planta baja del edificio está dedicada al público. La sala de lectura ocupa el centro; a un lado, en la veranda, cuyos grandes ventanales dejan entrar el sol y la luz, se hallan los periódicos y las revistas; enfrente se instalaron los salones de exposiciones y el Museo, cuyas colecciones están expuestas no sólo para ofrecer al visitante impresiones estéticas, sino para proporcionarle datos y documentos acerca de la génesis y evolución, tanto técnica, material, intelectual e histórica, de cada una de las artes. En la parte dedicada a la pintura se pueden contemplar todos los utensilios empleados por el pintor chino (pinceles, tinta china, cajas de colores, diferentes clases de papel, lienzo, etc.) Hay salas de reproducciones, de fotografías, de «Kin she», es decir, metal y piedra para litografías e impresiones sobre metal, especialmente bronce, y una rica colección sigilográfica (principalmente los sellos imperiales). Un ala del edificio ha sido dedicada a Confucio y a Mencius.

Hoy el Dr. Hu Tienshe abre una sala especial en esta Biblioteca para libros españoles, tanto para los clásicos antiguos —Caldéron, Lope de Vega, Fray Luis de León, etcétera— como para los modernos —Miguel de Unamuno que está traduciendo al chino el conocido literato señor Lo Ta Kang, José Ortega y Gasset, Dr. Marañón, Eugenio d'Ors, José María de Cossío, Agustín de Figueroa, y muchos más que serán traducidos y apreciados en la China. El Dr. Hu Tienshe, que vino a Madrid hace años para asistir a un Congreso de Bibliotecarios, es gran amigo de España, cuya vieja y gloriosa cultura equipara con la suya propia; cuya altivez y nobleza, cuyo rancio abolengo, compara con los de la vieja raza china, en su estimación y en el afecto, uniendo estas dos civilizaciones que considera las más afines del planeta.